

Teléfono 3317

Año XI

Vale C 0.10

Nº 88

Apartado 758

TRIQUITRAQUE

SAN JOSE, COSTA RICA, JUNIO DE 1947.

Dirección: CARLOS LUIS SAENZ
ADELA DE SAENZ

Administración:
LILIA GONZALEZ G.



Y cuando sea grande...

MAMA, ¿PODRE ESTUDIAR, PODRE REALIZAR TODOS MIS SUEÑOS Y MIS ASPIRACIONES?



SI, SEÑORA:

La seguridad de que su hijo pueda realizar sin mayores dificultades económicas sus aspiraciones, está en su mano, señora Madre, señor Padre de familia.

EL BANCO NACIONAL DE SEGUROS le ofrece el medio para asegurar el porvenir de su hijo: UNA POLIZA DOTAL DE EDUCACION.

Con la POLIZA DOTAL DE EDUCACION usted contará con los MEDIOS ECONOMICOS INDISPENSABLES para la educación de sus hijos.

¡No lo deje para mañana!

¡Decida hoy mismo la seguridad de sus hijos!

Nuestros Agentes están a sus órdenes; converse con ellos, hoy mismo, o llame al TELEFONO CINCO, OCHO, CERO, CERO (5800) Departamento de Ventas. Sin ningún compromiso de su parte, le daremos toda la información que necesite para asegurar a sus hijos con una POLIZA DOTAL DE EDUCACION.

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

La Primavera

Jaime Torres Bodet



¡Primavera! ¡Primavera!
 ¡La primavera no tarda!
 ¡Ya la rosa tempranera
 se asomó sobre la barda;
 ya me encontré a la lechera
 montada en su mula parda...!
 ¡Ya viene la primavera!

El campo está luminoso,
 como encendido por dentro,
 y tiene el alma en su centro
 tan claro prisma de gozo,
 en el campo luminoso
 que está brillando por dentro.

¡Primavera! ¡Primavera!
 Amaneció en los tejados.
 La flor de la primavera
 está temblando de espera
 en los hilos escarchados
 de los almendros, nevados
 de nieve tibia y ligera...

Los niños llevan sus aros
 y brincan entre las rosas,
 que les dan colores claros;
 hasta el brinco de los aros
 parece besar las rosas...
 Los días despiertan claros
 y llenos de mariposas...

Ya la dulce flor del año
 tiene color en la rama...
 ¡Ya se coronó el castaño!
 En primavera se ama:
 es tan sutil en su engaño...
 ¡Amemos mientras el año
 tenga una flor en la rama!

¡Primavera! ¡Primavera!
 ¡La primavera no tarda!
 Ya la rosa tempranera
 se asomó sobre la barda...
 ya me encontré a la lechera
 montada en su mula parda...
 ¡Ya vino la primavera!



El PINO Pequeñito

De LOURE SMITH

El pino pequeñito crecía en medio del bosque. No tenía hojas sino largas agujitas verdes. Y una vez el pinito dijo: "Tienen bellas hojas los robles y cedros. Y yo, sólo agujas... ¡Agujas no quiero! Ay, si yo tuviera hojitas doradas, sería la gala de la selva entera!" Por la noche se durmió el pino pequeñito y cuando estaba bien dormido vino el Hada del Bosque y le dijo: "Pinito, pinito, te verás precioso cuando te despiertes con tus hojas de oro."

Y cuando aquella mañana el pinito se despertó, vió que todas sus agujitas verdes se habían convertido en hojas de oro puro. —¡Qué lindo estoy! ¡De veras que ahora soy el Rey del Bosque!, exclamó.

Tres días después un pobre leñador vino al bosque. Alumbraba el sol y bajo sus rayos resplandecía el pinito de hojas de oro. —¡Porqué brillará tanto ese pino pequeñito?, se preguntó extrañado el leñador y se acercó al arbolito. Cuando vió las hojas de oro, se las fué arrancando una a una, hasta la última y con ellas en su saco y muy alegre, se alejó del bosque.

El pequeño pino se puso a llorar: —No quiero hojas de oro, no las quiero más, que los leñadores me las robarán! Yo quiero... Yo quiero... A ver, qué será... ¡Ay, si yo tuviera hojas de cristal!

Por la noche se durmió el pinito y cuando estaba bien dormido, vino el Hada del Bosque y le dijo: —Pinito, pinito, ya amanecerás luciendo mil hojas de fino cristal!

Y cuando aquella mañana se despertó el arbolillo vió que todas sus hojas eran hojas del más fino y claro cristal.—¡Qué lindo estoy! ¡Si parece que mi vestido es de luz y de agua! ¡Ahora sí que soy el Rey del Bosque!

Tres días después empezó a soplar y a soplar el viento. Las hojas de cristal del pinito chocaron unas con otras y una tras otra, hasta la última, todas se hicieron mil pedazos.

El pequeño pino se puso a llorar y dijo: —No quiero, no quiero hojas de cristal que el viento las quiebra con sólo soplar! Yo quiero hojas verdes como las demás.

Por la noche se durmió el pinito y, cuando estaba bien dormido, vino el Hada del Bosque y le dijo: —Te daré hojas verdes, mi pinito tonto, para que te vistas igual que los otros.

Y cuando aquella mañana se despertó el pinito, vió que estaba vestido de hojas anchas y verdes y se puso muy contento. No le duró mucho la alegría porque pronto llegó una cabrita montés, vió al pequeño arbolito cubierto de hojas verdes y sin trabajo se las fué comiendo una tras otra, hasta la última.

Entonces el pinito se puso a llorar y dijo: —No quiero hojas de oro, ni hojas de cristal, ni quiero hojas verdes... pues, ¡ay, ay, ay!, si viene la cabra se las comerá! Yo quiero... Yo quiero... lo propio, lo mío: las verdes agujas de todos los pinos!

Por la noche se durmió el pinito y cuando estaba bien dormido, vino el Hada del Bosque y le dijo: —Pinito, pinito, pues no pides más, tus agujas verdes de nuevo tendrás.

Y cuando a la mañana siguiente se despertó el pinito, se puso de lo más contento al verse de nuevo cubierto de largas agujitas verdes, como las de todos los pinos de todos los bosques y ya no volvió a desear cambiarlas por ninguna otra clase de hojas, ni de oro, ni de plata, ni de cristal. Y pinito, pin, pinín, aquí el cuento tiene fin.

Pinito, su borrico

En un lugar, en medio de los campos, había una vez dos familias: la del rico Juan y la del pobre Juan. El rico Juan tenía muchas tierras, una casona, muchos caballos, bueyes y vacas; abundantes aves de corral y una sola hija, Aurelia, linda, hermosa y buena. Pero el rico Juan no era feliz, porque cuando la niña llegó a los diez años, empezó, poco a poco y de manera extraña, a perder el don de la palabra, de tal modo que al cumplir los quince, apenas si podía decir sí o no, moviendo su rubia cabeza. Aurelia era una niña triste, como consecuencia de su mudez.

El pobre Juan no tenía más tierra que una pequeña huerta sembrada de melones que se extendía alrededor de su choza de techo de paja. Unos pocos animales domésticos y un borriquito precioso, que servía para mil oficios, completaban su pequeña hacienda. Juan el pobre tampoco era feliz, porque con los productos de su huerta y de su trabajo, apenas si le alcanzaba para medio dar de comer a su numerosa familia.

La choza del pobre Juan se hallaba allá abajo, en el valle, al borde del bosque, cerca de la colina en cuya cima se alzaba la confortable casona de Juan el rico. Como las dos casas eran las más cercanas en el lugar, la niña muda, hija del rico, venía con frecuencia a visitar y a jugar con los hijos del pobre Juan, a los cuales quería casi como a hermanitos menores. Como Aurelia era buena por naturaleza, a veces, consintiéndolo su padre el rico y a veces no, con los niños del pobre compartía sus alimentos y sus vestidos usados. Aurelia sentía especial afecto por Pinito, el niño hijo segundo de la familia pobre, formada por dos niños y tres niñas. Pinito era muy listo y por señas se entendía perfectamente con Aurelia; jugaba con ella, la entretenía largos ratos y la hacía reír a menudo; le daba lo que él podía darle: ya un nido vacío, ya un grillo



y Aurelia, la muda



cantador en una jaulita de caña de azúcar, ya una extraña flor del bosque, o un panal de miel. Aurelia estimaba a Pinito porque era muy bueno con todos los animales y hasta parecía que había aprendido sus lenguajes: cantaba como el gallo, cacareaba como las gallinas, imitaba el gruñido ronco de la cerda y los gruñidos agudos de los lechoncitos; sabía los diferentes silbos de los pájaros del bosque y con rebuznos se entendía con el borriquito de la casa. Todo esto divertía mucho a la pobre niña muda. ¡Y cómo quería Pinito al borriquito! Jamás lo maltrataba, y como el animal tenía que trabajar duro para la familia, tirando del arado, cargando los sacos de melones, las cargas de leña y el agua del arroyo, Pinito se preocupaba en tenerle siempre hierba fresca, agua abundante, en quitarle los tábanos molestos y en bañarlo en el río, para que el borriquito estuviera sano y lo más contento que se pudiera.

Y sucedió que una vez Juan el pobre, estaba tan repobre, que no teniendo ni para el pan del día, se fué a la casa del rico Juan y por unas cuantas monedas le vendió el borriquito. Pinito no se acostumbraba a estar sin su amigo y desde el día en que el borriquito pasó a los corrales del rico, el niño se iba por las tardecitas a visitarlo: a escondidas se colaba en el gran corral de la casona, se acercaba al pesebre del borrico, lo acariciaba, le contaba sus trabajos y sus aventuras en el bosque y con frecuencia le llevaba una sandía madura que había arrancado de la huerta de su padre. Siempre al despedirse del buen animal imitaba su rebuzno: ¡Ji, Jan, ¡Ji, Jan!, y el borriquito no dejaba de contestarle con otro: ¡Ji Jan! ¡Ji, Jan!, que Pinito sabía muy bien que era su modo de decir: ¡Adiós!

Al principio el borrico trabajó como sabía trabajar en la casa del amo pobre, pero, falto de los cuidados y del cariño de Pinito, poco a poco

se fué haciendo díscolo y rebelde y empezó a soliviantarse a tal punto, que llegó un día en que, al aparejarlo por la mañana, rebuznó, pateó y corcovó y hasta mordió al mandador de la hacienda. Juan el rico, avisado de lo que sucedía con el borriquito, bajó a la siguiente mañana al corral y con sus propias manos quiso ponerle los aperos. El burrito rebuznó, pateó, corcovó y trató de morderlo en los brazos. Juan el rico montó en cólera y con un grueso garrote castigó ferozmente al animal, que al fin cayó al suelo rebuznando de dolor. Los peones, entre burlas y risas, lo arrastraron al corral y allí lo dejaron abandonado sin hierba y sin agua, como a una bestia maldita. Aurel'a, que había presenciado el cruel trato que su padre le había dado al animal, corrió a casa del pobre Juan y por señas, y con lágrimas en los ojos le contó a Pinito todo lo sucedido.

El niño se fué esa tarde al corral y allí se encontró con su pobre amigo, echado sobre la paja seca, temblando todavía y con unos ojos muy tristes que lo miraban suplicantes. Le trajo agua y el borriquito no bebió; le acercó un poco de hierba fresca y no la comió. Cuando le acarició el hinchado hocico y las largas orejas el animal lanzó un tímido Ji, Jan, y entonces Pinito entendió perfectamente lo que el animal decía: —Llévame contigo!

—No puedo llevarte, no puedo, porque ya no eres de nuestra casa, le contestó el niño.

Volvió el borriquito a rebuznar quedo y el niño entendió perfectamente de nuevo lo que decía: —Si no me llevas, no me levantaré de donde estoy; no beberé agua ni comeré hierba, así me maten a palos!

Pinito sabía muy bien que el borriquito cumplía siempre lo que decía. —¿Qué hacer?, pensó el niño. —Mi padre no tiene dinero para comprarte... Yo no puedo robarte...

Rebuznó otra vez el borrico y dijo: —Pinito, pídele a la buena niña muda que me devuelva a nuestra choza.

Pinito no dudó un instante, salió del corral, llegó a la casona del amo rico, y con el sombrerito en la mano entró. Juan el rico, quitándose de la boca su vieja pipa, que humeaba como un volcán, le dijo: —¿Qué quieres en esta casa? Gitano, hijo de gitano, raza maldita y tramposa, qué buscas aquí, engañador, que sabes mal enseñar a las bestias de carga?

—Señor, busco a tu hija, que es buena y bella, aunque no habla.

—¡Sal de aquí, gitano, hijo de gitano, si no quieres que haga contigo lo que hice con el borrico que en mala hora compré a tu desastroso padre!

En eso se presentó la niña muda y por señas empezó a hablar con Pinito.

—Señor, dijo el niño, tu hija te suplica que nos devuelvas nuestro borriquito.

El rico Juan, echando chispas por los ojos, volvió a ver a su hija y ésta, con una mirada suplicante en los ojos, movía la cabeza dorada afirmando:—Sí, Sí.

—Gitano, hijo de gitano, exclamó el rico, bueno sería que tras haber pagado por ese inútil animal monedas contantes y sonantes, ahora hubiera de devolverlo... Si no sirve para el trabajo, lo mataremos a palos y que su carne sirva para alimentar los perros de la hacienda.

Aurelia, temblando como una hoja en el viento, volvió a hablar por señas con Pinito y el niño dijo al enojado padre:

—Señor, tu buena hija dice que si no nos devuelves nuestro burrito no comerá ni beberá, y se dejará morir de hambre. Y la niña afirmaba con la cabeza de oro, diciendo:—Sí, sí.

Juan el rico hubiera deseado en ese momento que Aurelia no fuera su hija para escarmentarla con unos cuantos golpes de su garrote; pero como sabía que su hija cumplía al pie de la letra lo que decía, no tuvo más remedio que exclamar lleno de cólera:

—Está bien, gitano, tramposo, hijo de gitano, llévate el borrico... te lo regalo por amor a mi pobre muda.

Corrió Pinito y besó el borde del delantal de la niña; quiso también besar la mano del padre, pero éste lo rechazó bruscamente. Luego se fué al corral de la casona, rebuznó alegremente y el borrico, al punto, se levantó de un salto y ¡Ji, jan, Ji jan!, dijo dos veces:—¡Vámonos de esta casa maldita! Pinito montó sobre el borrico que salió galopando cuesta abajo hacia la choza en el valle.

No hay para qué decir la alegría de Juan el pobre y de los otros niños cuando supieron que habían recobrado su animalito bueno. Por la tarde Pinito se fué al pequeño corral que ocupaba el borrico y se puso a conversar con él.

—Ji, jan... Estás de nuevo en casa por el buen corazón de Aurelia, nuestra amiga.

—Ji, jan... contestó el borrico:—Hemos de pagarle todo el bien que nos ha hecho.

—Ji jan... dijo Pinito:—Pobre niña, tan buena, tan hermosa y sin poder hablar! ¿Qué pudiéramos hacer por nuestra amiga?

—Ji, jan... dijo el borrico:—Oye lo que te voy a contar, Pinito: Mientras estuve en el corral del rico aprendí muchas cosas que me contaron las bestias de trabajo, porque los bueyes viejos saben la historia de la casona... Has de saber que en la casona del rico había un duende. Un duende juguetero, ni bueno ni malo. El duende vivía en un peral del huerto

y de cuando en cuando se comía una pera. Una vez Juan el rico lo sorprendió comiéndose una pera.—¡Ajá, dijo, con que eres tú, vagabundo, el que se come mis peras!. Ahora verás. Y le descargó un terrible latigazo. Pero el duende, riéndose a carcajadas, le arrebató el látigo con una fuerza increíble para su tamaño. Juan el rico, desarmado, se encolerizó y sin decir media palabra se fué a la casa, trajo una hacha y empezó a cortar el tronco del peral. —No destroces el árbol que no te ha ofendido, mal hombre, le gritó el duende. Te prometo no tocar de ahora en adelante ni una sola de las peras... Pero no echas abajo este peral que es mi casa desde hace quince años, cuando me lo regaló mi madrina el Hada del Bosque. Juan el rico exclamó:—¡Ah, sí, con que es tuyo! Pues ahora tendrás que pasar una mala noche. Y si más, con tremendos hachazos cortó el peral.

—¡Ji jan, Ji, jan, preguntó Pinito, y qué más, y qué más?

—¡Ji, jan... El duende se fué a vivir debajo del horno de la casona del rico y todas las noches, cuando la gente estaba bien dormida, silencioso como la sombra de un gato, se introducía en el dormitorio de la niña y con encantos le iba robando todas las palabras que había dicho durante el día...

—¿Y qué más, y qué más, preguntó Pinito.

—Noche, tras noche, le iba robando las palabras y así la niña fué enmudeciendo poco a poco, hasta que al fin quedó enteramente muda. Entonces, satisfecho de su venganza, el duende se fué de la casona y buscó hacia el bosque para hallarse una nueva vivienda. Se refugió en el hueco de una vieja encina y allí vive desde entonces.

—¿Y hay algún modo de encontrarlo para pedirle que le devuelva el habla a nuestra amiga Aurelia?, preguntó ansioso Pinito.

—No lo sé... ¡Tantas encinas hay en el bosque!, dijo el borriquito.

—¡Pobre amiga... para siempre será muda, dijo llorando.

—No te acongojes, que una buena acción puede tener su recompensa, dijo el borriquito y añadió: —Supe en el corral que cuando el duende iba camino del bosque llevaba a la espalda un saquito repleto con las palabras de la niña. Su intención era arrojarlo a la corriente del río, para que la niña quedara muda de por vida; pero como el saquito le pesaba bastante, al bajar de la colina y atravesar por el melonar de tu padre, alzó una gran piedra que allí está todavía; cavó un hoyo y enterró el saquito con las palabras; encima volvió a colocar la piedra, se paró sobre ella y cantó:

—Piedra encantada, tú guardarás este secreto de habla y hablar; sólo a la dueña de las palabras este tesoro devolverás, si con sus manos, andando el tiempo, te llega a alzar.

Pinito, arrebatado de alegría, abrazó y besó al borrico y luego, un poco desanimado, le dijo:—Hay tantas piedras grandes en el melonar de mi padre... ¿Cómo averiguar debajo de cuál está enterrado el secreto del duende?

Muy sencillo, contestó el borrico, no es más que buscar una piedra grande que tiene las huellas de los pies del duende y esa huella es semejante a la que dejan los patos en el barro blando. Yo la reconoceré entre mil piedras por sólo esa señal.

Esa noche Piníto no pudo dormir. Al día siguiente, a buena mañana, corrió a la casa de Juan el rico y, sin más ni más, con el sombrero en la cabeza, entró y habló por señas con Aurelia. Luego ambos salieron de la casona a todo correr y pronto llegaron al valle y al melonar! Allí los aguardaban los otros hermanos de Pinito, junto con el borrico.

—¡Ji, jan, dijo el borrico, aquella es la piedra y, alargando el cuello, mostró una gran piedra en medio de los melones.

Los niños, con el alma en un hilo por lo que iba a suceder, se quedaron con el borriquito a la entrada de la huerta. Aurelia corrió derecho a la piedra, la cogió con sus manos y tirando, tirando tras varios esfuerzos logró levantarla. En ese instante empezaron a saltar del hoyo, en un chorro, todas las palabras robadas por el duende. Las dulces y las pequeñas palabras, los nombres de las cosas, las que son palabras de la inteligencia y las otras, las que son bondad del corazón. Y todas, como un chorro de mariposas o de estrellitas brillantes, se metían aprisa, aprisa, en la cabeza y en el pecho de Aurelia. La niña erguida como un arbolito, al sol relucien-

do su cabello de oro, tenía los ojos llenos de dicha. ¡Al fin, cuando salieron las últimas palabras, dijo con una hermosa voz: —¡Gracias a todos por el bien que me han hecho! ¡Ya puedo hablar! Pinito y sus hermanos corrieron y abrazaron a Aurelia, el borriquito rebuznaba a toda garganta y los niños no se cansaban de decirle: —¡Habla, habla, habla! Y Aurelia hablaba tan bien como si nunca hubiera sido muda.

Quando Juan el rico supo lo que había sucedido, se arrepintió de haber sido duro con el duende, con Juan el pobre y con Pinito el hijo de Juan y con el borriquito. Su arrepentimiento fué de los buenos; que desde entonces compadeció al vecino pobre y le alivió los malos días de penuria, compartiendo con él y su familia la abundancia de su hacienda; que desde entonces fué considerado con las bestias de carga y hasta mandó plantar perales en el huerto para que los pájaros tuvieran frutas.

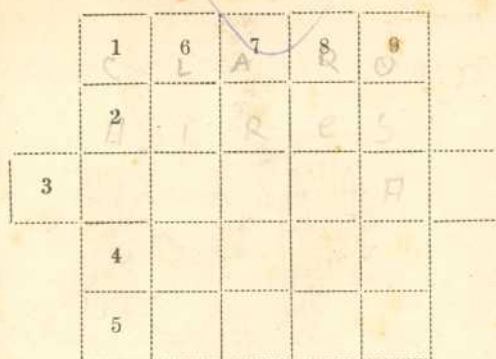
Y ahora digamos para concluir: "Semilla de bondades se propaga sin fin; hagamos siempre el bien; el que lo hace es feliz.

C. L. S.

1947



CRUCIGRAMA



HORIZONTALES:

- 1.—Lo contrario de oscuro.
- 2.—Segunda parte del nombre de la capital de la Argentina.
- 3.—Forma verbal, sinónimo de sanas.
- 4.—Nombre de la danta.
- 5.—Forma verbal, sinónimo de arruina.

VERTICALES:

- 1.—Cuidadosa, desconfiada.
- 6.—Monedas italianas.
- 7.—Traje pobre y destrozado.
- 8.—Lugar donde duermen las ovejas.
- 9.—Forma verbal, sinónimo de atreverse.

ADIVINANZAS:

1

Compré un pollo, no me lo comí, no lo vendí, no lo mató el zorro. ¿Qué se hizo?

2

¿Qué es lo que va y viene y sin pena ni fatiga, lo que come por abajo lo descome por arriba?

3

Entre pared y pared hay una santa mujer que con un diente llama a la gente, y con las muelas a las mozuelas; con los colmillos a los chiquillos.

4

En un alto pino hay un nido y en el nido hay un huevo; se tira del huevo y chilla el nido.

A LOS NIÑOS

TRIQUITRAQUE está muy agradecido con los amiguitos que le han enviado cartas saludándolo con motivo de su reaparición, así como por haber cumplido el primero de mayo sus once años de vida. Siente mucho no disponer de bastantes páginas para publicar esas cartas; pero las tiene guardadas como un recuerdo cariñoso de sus amigos, a quienes contesta con un saludo muy cordial.

SOLUCIONES:

El campanario — la campana gallo — el cepillo de carpintería.

Evite las irritaciones en la piel de sus niños

Cuando el Jabón es puro, perfectamente saponificado, la ropa que con ese jabón se lava, dura mucho y se conserva siempre como nueva. Además, la ropa de los niños debe ser lavada siempre con esa clase de jabones, porque también hay que proteger la piel de los niños que es muy delicada. Muchas de las irritaciones de la piel en los niños, se deben a la mala calidad de los jabones usados para lavar la ropa. Por eso es recomendable siempre usar un jabón tan puro y bien saponificado como el Jabón **SAN LUIS AMARILLO**. Así se logra proteger la ropa y la piel delicada de los niños. Fresca y sabrosa queda la ropa de algodón cuando se lava con el conocido Jabón **SAN LUIS AMARILLO**.



Los lienzos y la ropa de algodón, los estampados y toda la ropa de uso diario

SE LAVAN BIEN Y DURAN MAS, CUANDO SE EMPLEA UN JABON PURO, DE RECONOCIDA CALIDAD, QUE LOS CONSERVE INTACTOS Y BONITOS.



Insista en que le vendan **Jabón SAN LUIS AMARILLO**, así estará segura de obtener todas las ventajas de este magnífico jabón.

Producto de

JABONERA NACIONAL S. A.

Un purgante seguro, de efecto suave
y eficaz, es este **Nuevo**
LAXANTE HEPÁTICO SALINO EFERVESCENTE



DE VENTA
EN TODAS
PARTES—



ADMIRABLE
remedio
del hogar
para combatir la
indigestión, la a-
gura y el mal
funcionamiento
del hígado.

Hepasana

LABORATORIOS BOTICA FRANCESA, S.A. Fundados en 1868.